CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

1



La historia de hoy

Hugh Thomas

295 ptas

Historia 16

historia 16

INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.
IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis.
Teléfono: 586 31 00. 28034 Madrid.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-18851-93

CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

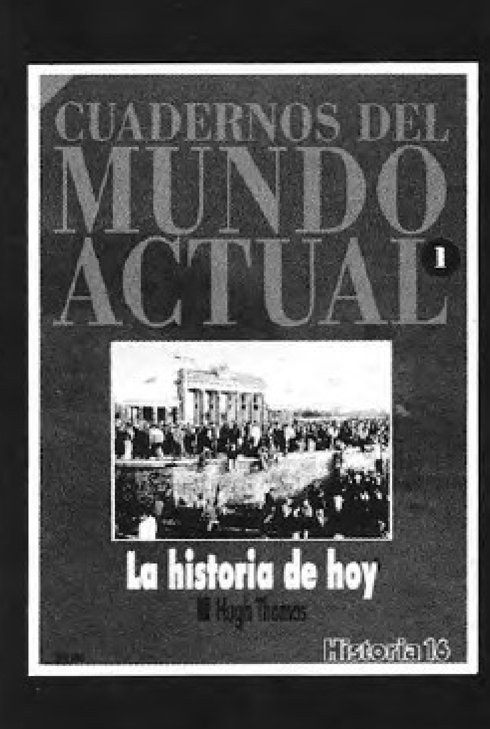
Universidad Complutense

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

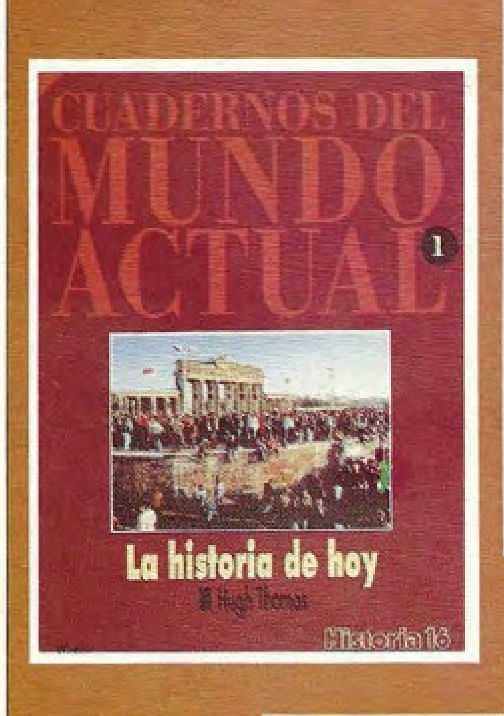
INDICE

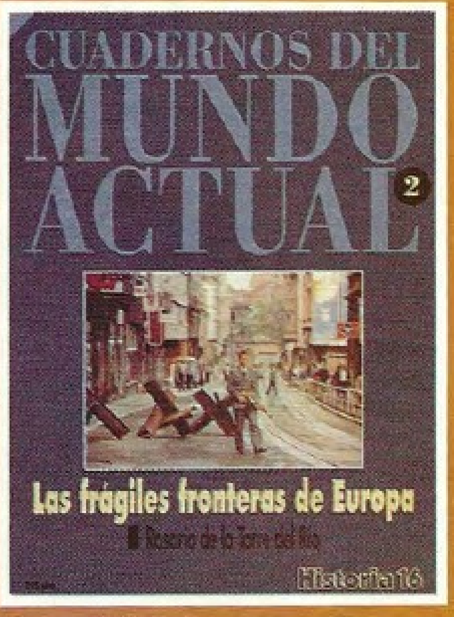
La historia de hoy

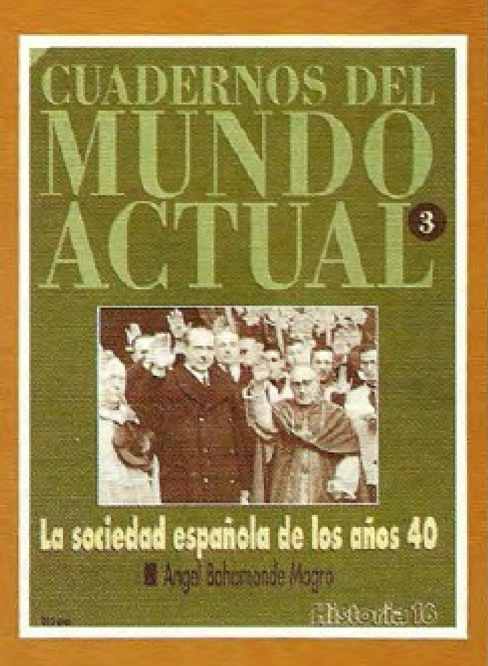
Hugh Thomas

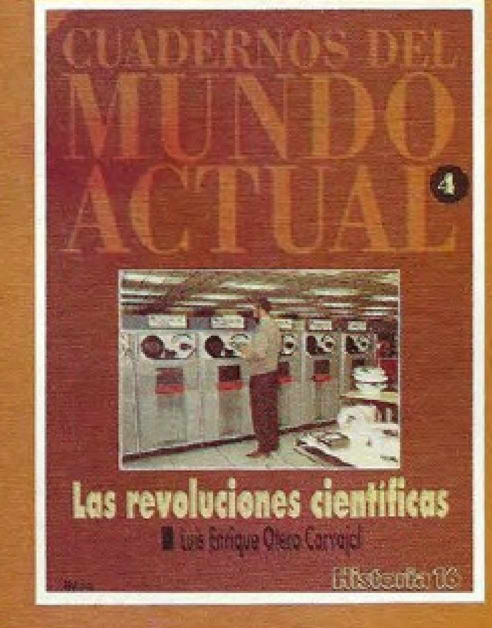


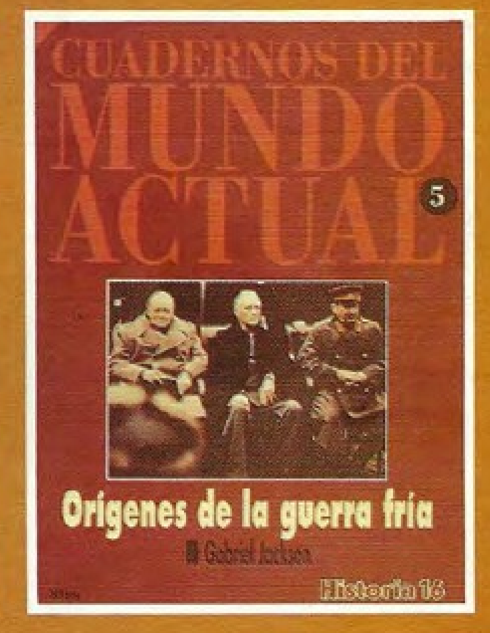
La caída del muro de Berlín marca, sin lugar a dudas, uno de los momentos clave de la historia más reciente

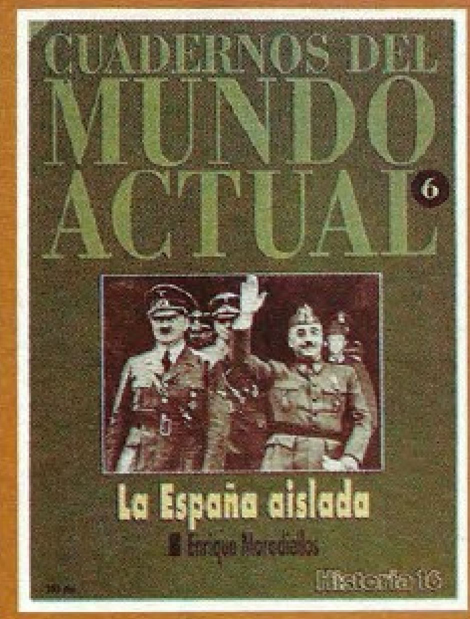

CUADERNOS DEL
MUNDO
ACTUAL
1
La historia de hoy
Hugh Thomas
Historia 16

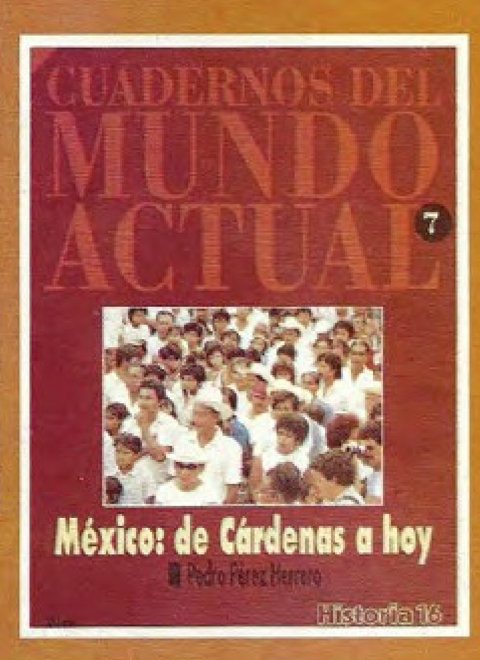

CUADERNOS DEL
MUNDO
ACTUAL
2
Las frágiles fronteras de Europa
Rosario de la Torre del Río
Historia 16

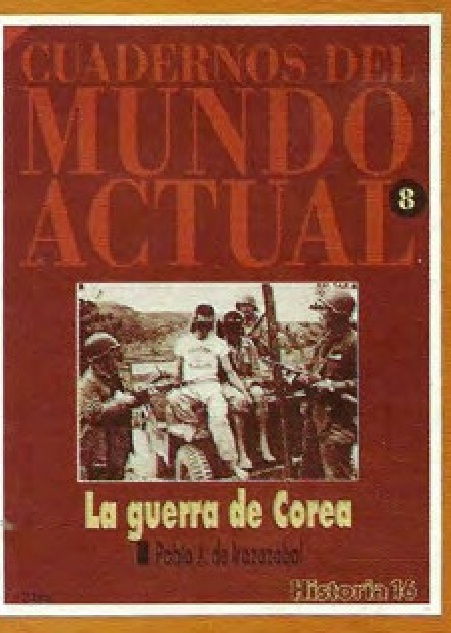

CUADERNOS DEL
MUNDO
ACTUAL
3
La sociedad española de los años 40
Ángel Bahamonde Magro
Historia 16


CUADERNOS DEL
MUNDO
ACTUAL
4
Las revoluciones científicas
Luis Enrique Otero Carvajal
Historia 16


CUADERNOS DEL
MUNDO
ACTUAL
5
Orígenes de la guerra fría
Gabriel Jackson
Historia 16


CUADERNOS DEL
MUNDO
ACTUAL
6
La España aislada
Enrique Moradiellos
Historia 16


CUADERNOS DEL
MUNDO
ACTUAL
7
México: de Cárdenas a hoy
Pedro Pérez Herrero
Historia 16


CUADERNOS DEL
MUNDO
ACTUAL
8
La guerra de Corea
Historia 16

Cuadernos del Mundo Actual

Cuando HISTORIA 16 nació en la primavera de 1976 se respondía a una clara necesidad social: despejar los mil interrogantes planteados durante la interminable dictadura del general Franco y que en cuarenta años no habían tenido respuesta por impedirlo la censura o porque los archivos estaban cerrados a cal y canto a los historiadores. Concluido ese primer período, que había satisfecho la necesidad de saber, HISTORIA 16 se ha dedicado, a lo largo de sus 17 años de vida, a afrontar sucesivos desafíos que planteaban tanto el alumnado como el profesorado o los muchos y muy buenos aficionados a la Historia que existen en nuestro país.

Fruto de este trabajo han sido nuestras colecciones: *Historia del siglo XX, Historia de la Guerra Civil, Biblioteca Historia 16, Historias del Viejo Mundo, Historia del Arte, Cuadernos Historia 16, Cuadernos de Arte Español, Manual de Historia de España, Manual de Historia Universal, Protagonistas de América, Crónicas de América...*

Ahora, ante la puesta en marcha de una *Historia del Mundo Actual* en los planes de estudios universitarios y de la enseñanza media, HISTORIA 16 acude, también, a la demanda del profesorado que ya en estos momentos está pidiendo *orientación y material* para la nueva asignatura a base de *textos sencillos*, pero *precisos* y *suficientes* para sus alumnos. Este es el objetivo de nuestros CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL.

Como el lector podrá observar rápidamente, con este Cuaderno estamos iniciando una obra largamente madurada. De hecho, hace tres años que venimos trabajando en ella. Primero, tanteando cómo podría abordarse; segundo, buscando el mejor equipo posible para su planificación junto con la redacción de HISTORIA 16; tercero, perfilando exactamente contenidos, títulos y autores; cuarto, poniéndose de acuerdo con los colaboradores más competentes y brillantes para que redactasen los temas, y, quinto, diseñando formalmente los Cuadernos, tratando de ofrecer una imagen totalmente renovada con respecto a lo que hemos hecho hasta ahora.

En esta entrega de los cuatro primeros títulos de la colección, observará, primero, que los Cuadernos son de cuatro colores diferentes. Esto sirve para distinguir los contenidos. Así, los de portada *roja* abordan temas de historia general y ámbito mundial; los de *azul* versan sobre historia europea; los de *verde* exponen temas españoles, y los de portada *siena* se dedican a temas económicos, artísticos, culturales o científicos.

El lector observará, asimismo, que los temas políticos, culturales, económicos, científicos, artísticos, etc., se combinan entre sí: se trata de un efecto buscado en favor de una mayor amenidad y variedad, aunque se ha tratado de respetar, con cierta laxitud, la cronología en que tuvieron lugar los acontecimientos tratados o, al menos, el período en que se desarrollaron.

Esperamos que la colección sea de utilidad para profesores, alumnos y opositores y buenos aficionados a la historia más reciente. Y que la nueva presentación y tamaño de estos Cuadernos les resulte agradable y amena.

Equipo coordinador

ANGEL BAHAMONDE MAGRO

Angel Bahamonde Magro (1949). Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Obtuvo el premio Ortega y Gasset de 1981 por su tesis doctoral sobre El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866. *Amplió estudios en la Universidad de Pau bajo la dirección de M. Tuñón de Lara. Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense. Especialista en la Historia social de la España del siglo XIX y la Historia urbana de Madrid. Coautor de los libros* Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX *(1978),* La Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1887-1987 *(1989) y* Hacer las Américas. Las elites coloniales españolas en el siglo XIX *(1992). Coeditor de* La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931 *(1989). Ha colaborado en la* Historia de España *de* HISTORIA 16 *y ha coordinado el volumen II* (La época del imperialismo, *1992) de la* Historia Universal Planeta, *dirigida por J. Fontana.*





ROSARIO DE LA TORRE DEL RIO

Rosario de la Torre del Río (Madrid, 1946) es profesora titular del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, donde ejerce la docencia desde 1970. Especialista en historia de las relaciones internacionales, ha publicado diversos trabajos sobre la Europa del siglo XIX, las relaciones internacionales de los siglos XIX y XX, el contexto internacional de 1898 y la política exterior española entre 1898 y 1914. Es autora de La neutralidad británica durante la guerra hispanonorteamericana de 1898 *(1985), «La crisis de 1898 y el problema de la garantía exterior» (1986),* Inglaterra y España en 1898 *(1988), «Los Acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907. Una larga negociación en la estela del 98» (1988), «Filipinas y el reparto de Extremo Oriente en la crisis de 1898» (1989), «La política exterior española en el año de la crisis de 1911 a través de la correspondencia del marqués de Alhucemas» (1990), y «Entre 1898 y 1914: la orientación de la política exterior española» (1991). Desde 1981 es profesora del Curso de Estudios Internacionales de la Escuela Diplomática. Colaboró en la planificación de los 36 volúmenes de* Siglo XX. Historia Universal, *de HISTORIA 16. Es coordinadora de la asignatura* Historia del mundo actual *de COU y vicedecana de ordenación académica de la Facultad de Geografía e Historia (U.C.M.).*



JULIO GIL PECHARROMAN

Julio Gil Pecharromán (Madrid, 1955), realizó sus estudios de Licenciatura y Doctorado en la Universidad Complutense, y ejerció la docencia de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias de la Información de dicha universidad. Desde 1987 es profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

La actividad docente e investigadora del profesor Gil Pecharromán se ha centrado en la historia española y europea del primer tercio de nuestro siglo. Interesado desde hace años por el mundo eslavo, en la actualidad trabaja en la preparación de una asignatura de Historia Contemporánea de Europa centro-oriental. Como investigador, ha trabajado fundamentalmente la historia política de España en ese período, y en especial la de la derecha conservadora. Sobre el tema ha publicado numerosos artículos y colaboraciones en obras colectivas, así como los libros Renovación Española, una alternativa monárquica a la Segunda República *(1985),* La Segunda República *(1989) y* Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina, 1913-1936 *(1993).*

Colaborador habitual de HISTORIA 16 desde hace más de una década, ha publicado en ella cerca de un centenar de trabajos y ha participado como coordinador de Siglo XX. Historia Universal *y de* La Guerra Civil.

ELENA HERNANDEZ SANDOICA

Elena Hernández Sandoica (Madrid, 1952) es profesora titular de Historia Contemporánea en la U.C.M., donde ejerce la docencia desde 1977. Ha estudiado, en más de cincuenta artículos, y entre otros temas, la historia social de las universidades y la política colonial española. Es autora de Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración *(1982),* Los fascismos europeos *(1992),* El colonialismo, 1815-1873. Estructuras y cambios en los imperios coloniales *(1992). Coautora de* Estudiantes de Alcalá *(1983),* Universidad, poder político y cambio social *(1990),* España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio *(1991). Colaboradora de la* Historia de España *fundada por Menéndez Pidal (t. XXIX-1 y XXXIX-II) y la* Enciclopedia de Historia de España *(1988) dirigida por M. Artola. Dirige colecciones de Historia contemporánea en las editoriales Akal y Síntesis, de Madrid. Miembro del consejo asesor del* Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne.





Niños camboyanos en un campo de refugiados de Indonesia, 1979. Sus miradas son el reflejo de la tragedia

Razones para esta colección

Por el Equipo Coordinador
Angel Bahamonde, Rosario de la Torre, Julio Gil Pecharromán y Elena Hernández Sandoica

Muy a finales ya del siglo XX, parece tenderse a cultivar la historia a base de asaltos periódicos y clamorosos a la memoria colectiva. Asaltos que coinciden, y toman como pretexto, las conmemoraciones y efemérides: bicentenario de la Revolución francesa, V Centenario del Descubrimiento entre las más recientes ocasiones, ambas bien aireadas y polémicas.

Conviene recordar, no obstante, que la escritura y el aprendizaje de la Historia consisten en un *pensamiento del pasado,* en un modo de conocimiento de la realidad que sólo de manera muy tangencial se beneficia, si es que así llega a ocurrir, de dichas rememoraciones.

El historiador y las ciencias sociales

El historiador contemporaneísta del último medio siglo es un científico social que, en buena medida, estudia el pasado para responder con métodos de análisis actuales a aquellas expectativas que nos aguardan en el presente o en el futuro inmediato. Aunque este cambio de actitud y de forma de trabajar afecta a todos los períodos de la tradicional división cronológica en edades, son los especialistas en Historia contemporánea quienes han experimentado una evolución más acelerada y expansiva en sus planteamientos, elección de objetos de investigación y metodologías.

La relación cada vez más estrecha con el periodismo, la economía, la antropología o la sociología ha impulsado a numerosos contemporaneístas a acercarse a la actualidad como campo de estudio historiográfico. Pero con criterios y objetivos distintos a los de otros científicos sociales. Se trata de salvar las lagunas existentes entre el presente y aquellos períodos que la historiografía tradicional considera objeto de su estudio. En efecto, si atendemos al criterio —sostenido aún en algunos medios académicos— de que es preciso que pase medio siglo (o, dicho de otra manera, una generación) para acceder a lo verdaderamente *historiable,* resultará que una gran cantidad de procesos, ya prácticamente cerrados —pero ocurridos en las últimas décadas—, quedarán ocultos al conocimiento de los hombres y de las mujeres de hoy. Así, por ejemplo, la descolonización, la guerra fría, la revolución cultural de los años sesenta, el desarrollo y el colapso del socialismo real...

Todos ellos son fenómenos básicos para

entender el mundo de hoy, pero ya *han sucedido.* Son ciclos prácticamente cerrados, y no pueden servir más que de mera referencia a quienes trabajan con la actualidad más inmediata. Ahora bien, esa referencia al pasado reciente —pero no inmediato— es indispensable en cualquier análisis político, económico, social o cultural mediante el que se pretenda abordar algún aspecto del presente. Y es aquí, tratando de cubrir un espacio que, en nuestro país, permanece vacío, donde surge esta serie que aquí presentamos: los *Cuadernos de Historia del mundo actual.*

La Historia del mundo actual, disciplina académica

La *Historia del mundo actual, Historia inmediata* o *Historia del tiempo presente* —con variantes nacionales— es una disciplina ya consolidada en los países anglosajones, en Francia y en Alemania, donde cuentan con cátedras universitarias y centros de investigación específicos. Sus límites cronológicos son versátiles, como corresponde a la actual tendencia a alargar y difuminar las cesuras historiográficas.

La Historia del Mundo Actual tendrá el carácter de asignatura troncal y será una de las pocas consideradas fundamentales

Lo de menos es *cuánto* tenga que remontarse el historiador en el pasado para hacerse cargo de *su* presente. Lo fundamental es ofrecer una perspectiva *madura*, dotada de un cierto distanciamiento cronológico, de los procesos globales que afectan a nuestra cotidianeidad. Hacer una historia, por ejemplo, de la actual guerra civil yugoslava, sería absurdo: no sólo no ha concluido, sino que carecemos de fuentes fiables. Sin embargo, hacer una historia del Estado yugoslavo desde 1945 o, incluso, de su desintegración entre 1980 y 1991 sería —es— ya un campo abordable con la perspectiva del historiador del Mundo actual. En la misma medida en que ese período dejaría de serlo para el periodista o el politólogo. Quienes, sin embargo, precisarían del análisis histórico del pasado reciente para seguir comprendiendo los procesos en marcha.

La «Historia del Mundo actual» en los nuevos planes de estudio

Las anteriores consideraciones han pesado extraordinariamente en el ánimo de especialistas y políticos a la hora de abordar la reforma académica que supone la actual Ley de Reforma Universitaria (LRU). En los nuevos estudios de Historia se introduce, por primera vez de forma oficial en nuestro país, una asignatura de *Historia del Mundo actual* que tendrá, además, el carácter de asignatura *troncal* y será, por lo tanto, una de las pocas consideradas fundamentales y obligatorias en los planes de estudio de todas las universidades españolas. Además, es la asignatura troncal que recibe mayor número de créditos (horas lectivas obligatorias). Lo cual —al menos en la intención de los reformadores— la configura como la disciplina con mayor proyección académica dentro de los estudios históricos.

A la Historia del Mundo actual se le abren, además, perspectivas muy favorables en otras carreras universitarias. En la Licenciatura de Humanidades, hoy en proceso de conformación, deberá ser uno de los pilares de la especialización en Humanidades Contemporáneas. Unos estudios que, por sus características, parecen destinados a gozar de una amplia aceptación social en los próximos años.

En otras licenciaturas o diplomaturas, como Periodismo, Ciencias Políticas o carrera diplomática, la Historia del Mundo actual está destinada a ser una asignatura también fundamental, por su carácter de soporte interpretativo de las restantes disciplinas académicas.

A ello hay que añadir, todavía, que la reforma del Bachillerato Unificado Polivalente, también en curso, potencia extraordinariamente el estudio de esta disciplina, en detrimento de otros períodos históricos, más lejanos en el tiempo.

La nueva situación obligará, en breve, a formar un profesorado especializado, a crear cátedras o foros de discusión y trabajo, a preparar nuevos programas y, en definitiva, a escribir textos. En cuestión de unos pocos



Foto oficial de los participantes en la Conferencia de Yalta: Churchill, Roosevelt y Stalin, febrero de 1945

años y partiendo de una situación precaria. Por otra parte, parece asegurado el surgimiento, en plazo no muy dilatado, de algunos Centros para el estudio de la Historia del Mundo actual que, bien como organismos autónomos vinculados al mundo universitario, o bien como secciones de Institutos dedicados a las Ciencias Sociales, estarán llamados a convertirse en motores de una línea de investigaciones todavía muy escasa en España. Pero que en otros países, hay que insistir en ello, cuenta ya con una larga y pujante tradición.

Una colección de Historia del Mundo actual, como ésta que aquí presentamos, es por lo tanto novedad en nuestro país. Aunque no lo sea en otros como en Francia, donde ya existen intentos similares.

Los «Cuadernos del Mundo actual»

La redacción de *Historia 16* y los coordinadores de esta nueva serie, *Cuadernos del Mundo actual,* hemos creído conveniente proceder ya a un balance reflexivo, serio y renovador, de cuantos procesos históricos han sido —y están siendo— decisivos a lo

largo de esta centuria, tan densa como contradictoria, y a cuyo recorrido final nos acercamos.

No hemos querido eludir temáticas alejadas de nuestro entorno más inmediato (geográfico, cultural o de pensamiento). Y aunque, en definitiva, la tentación eurocéntrica siempre aparece, hemos tratado de despejarla en la medida en que la participación de los autores convocados a este proyecto nos lo ha permitido. La mundialización de la economía, la extensión de las pautas de vida propias del capitalismo y los procesos de modernización en curso, variables y diversos —pero siempre presentes de un modo u otro—, los cauces paralelos por los que el resurgir de los nacionalismos, a escala mundial, se ha abierto paso, facilitan, en definitiva, el intento de proporcionar a los lectores de esta colección una perspectiva comparada que ayude a la comprensión del pasado reciente y, si cabe, sirva de algún modo a la prospección del futuro.

Estos textos se orientarán, en definitiva, a satisfacer la curiosidad y el afán de saber de un público muy amplio de nuestro país

Hemos procurado, en la incorporación de autores a esta obra colectiva y en la atribución de los estudios que periódicamente se le irán ofreciendo al lector, no excluir horizonte intelectual ni metodológico alguno. Salvo las lógicas limitaciones que imponen, a estas alturas, la propia ciencia de la historiografía y su reglamentación deontológica.

Ello producirá, sin duda, a lo largo de la publicación de la serie, un mosaico plural de tratamientos e interpretaciones. Pluralidad que hemos buscado deliberadamente, sacrificando la uniformidad —y por ello acaso cierto grado de coherencia— a la riqueza interpretativa y a la libertad de los enfoques. En cualquier caso, hemos intentado salvar la unidad, a fuerza de una planificación de la obra muy cuidadosa y pensada.

Desde el punto de vista metodológico, la colección responderá al nivel de contenidos que se denomina *alta divulgación* o divulgación académica. Va dirigida a colmar las exigencias de un público de nivel universitario o similar, formado por profesionales o estudiantes que no sólo buscan mejorar su nivel cultural sino, fundamentalmente, adquirir nuevos elementos de análisis para el desarrollo de su actividad laboral.

Pensamos que en esta serie de monografías hallarán un instrumento útil de trabajo tanto profesores como estudiantes de los cursos superiores de Historia. Pretendemos facilitar a los primeros la búsqueda de información actualizada, y tratamos de ofrecer a los segundos, en un formato funcional y con claridad expositiva, los asuntos más cruciales que habrán de tratar.

De la misma manera, queremos llegar con esta serie a facilitar el estudio de la Historia contemporánea en las enseñanzas medias, cada vez más volcada (en el comprimido espacio que queda para la Historia, propiamente dicha) a la consideración de los procesos más cercanos a nosotros, cronológicamente hablando.

Esta colección responde, así, a las demandas de un público general, pero culto, al que se ofrecerán estudios de buen nivel que, en la mayoría de los casos, serán síntesis realizadas por especialistas a partir de su conocimiento de un conjunto de investigaciones académicas o institucionales, destinadas a ser difundidas en circuitos más reducidos de lectores.

Por otra parte, advertimos que el marco cronológico del conjunto será flexible, en función de la duración específica de los procesos estudiados. Hay que tener en cuenta, no obstante, que los nuevos planes de estudios contemplan a la Historia del Mundo actual a partir de 1945 en la Historia Universal y desde 1939 en la Historia de España.

Estos textos se orientarán, en definitiva, a satisfacer la curiosidad, el afán de saber, de un público muy amplio: aquel que es consciente, por encima del aspecto confuso de nuestros días, y más allá de su aparente inexplicabilidad, de que, si bien es verdad que no siempre resulta fácil encontrarle sentido a la acción social, coherencia a los desarrollos concretos de la política y razón profunda a los sobresaltos de la economía, hay sin embargo un oficio, el de historiador, que —entre otros científicos sociales, pero de manera específica— aplica su mirada y su instrumental, todos los días, a intentarlo.

Más de un centenar de números, en total, recogerán aspectos muy diversos de la historia del siglo XX, procurando seguir los mé-



De izquierda a derecha: Julio Gil, Elena Hernández, Rosario de la Torre y Angel Bahamonde, coordinadores

todos de la *historia reciente*. Tanto las temáticas como sus enfoques constituyen en gran medida, insistimos en ello, rigurosa novedad en el panorama editorial español.

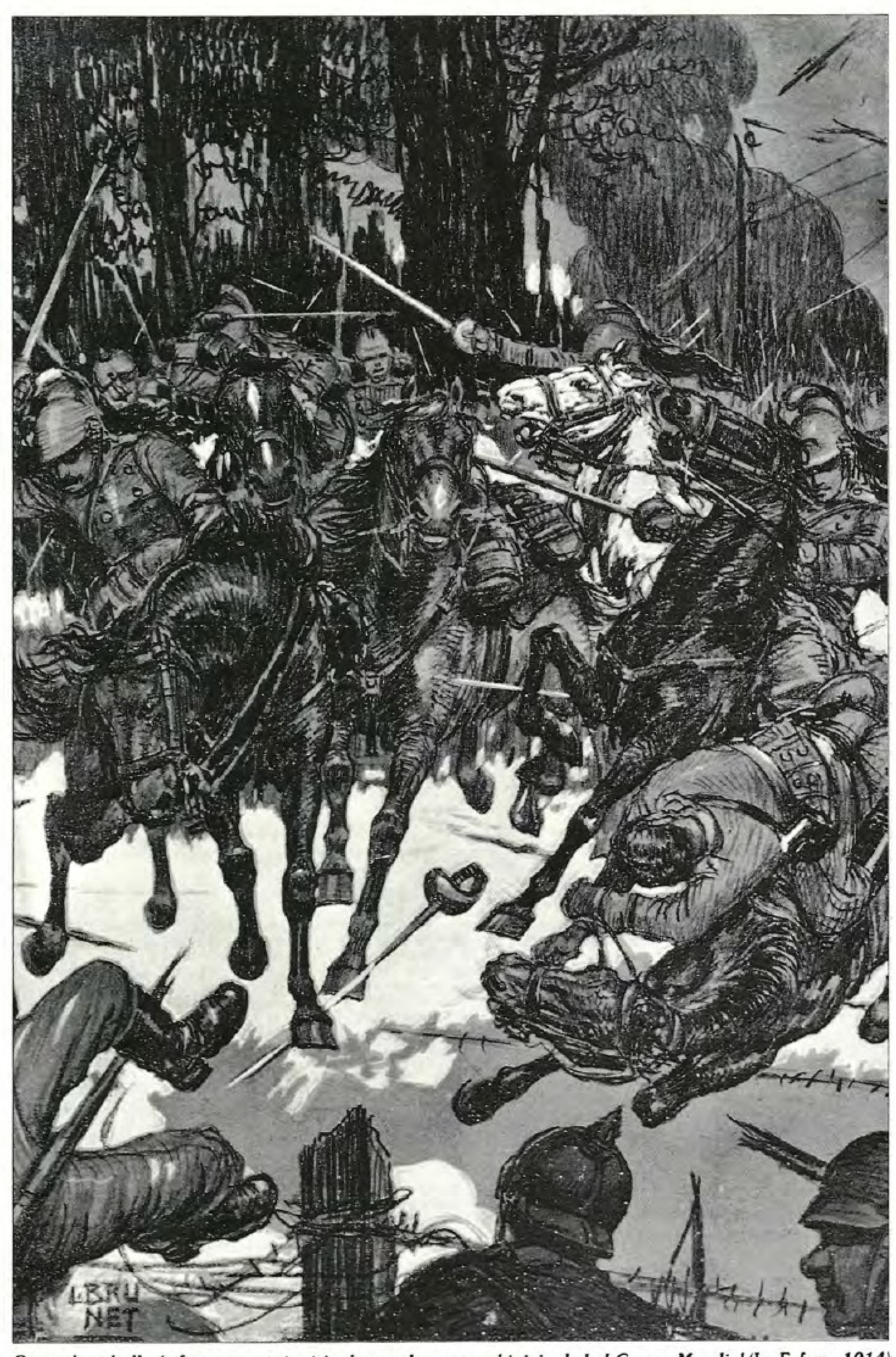
Temáticas, protagonistas y procesos

Parte de los *Cuadernos* irá destinada, en concreto, a considerar *estructuras y procesos de larga duración,* realidades cuya durabilidad y trascendencia exigen atención constante por parte del observador de nuestros días.

Otra parte de los análisis se ocupará de hacer cortes *coyunturales* en la secuencia histórica. Los cuales permitan diseccionar, más de cerca, problemas y realidades particulares, si bien en cualquier caso importantes, e incluso a veces decisivas. Puede tratarse aquí de una aproximación *inmediata* a temas actuales (temas candentes que los medios informativos no llegan a cubrir por sí mismos), o bien de enfoques, algo más distanciados, de procesos (nacionales, regionales o locales) cuya unidad y especificidad aconseje un tratamiento aislado y especial, por parte del historiador o el aprendiz de historia. Una tercera parte de la colección se dedicará, en fin, al trazado de *biografías* de grandes personajes del período, siempre muy vinculado al tratamiento historiográfico que habrá de otorgárseles por nuestra parte con el contexto general en el que sus trayectorias vitales y práctica política se desarrollaron en su día o, aún, se desarrollan.

Sabemos que es una empresa ambiciosa que a pesar de la carencia relativa de especialistas (en nuestras universidades o centros de investigación) a propósito de los asuntos propios de la historia internacional, hemos preferido cubrir con autores predominantemente españoles. Hemos recurrido también, en ciertos casos y por razones varias, desde luego, a especialistas extranjeros.

Pero en la mayoría de los casos pensamos —los historiadores e historiadoras que aquí hemos sido convocados— que este esfuerzo añadido de unos pocos por acercarnos al exterior había de verse generalizado alguna vez. Superar de un día para otro aislamientos y carencias no parece, sin más, posible. Pero contribuir a la explicación y el análisis del mundo que nos rodea, sí que está desde luego a nuestro alcance. Esta es, desde hace años, nuestra tarea como profesionales de la Historia. Y éste es, desde aquí, nuestro objetivo.



Carga de caballería francesa contra trincheras alemanas, al inicio de la I Guerra Mundial (La Esfera, *1914)*

La historia de hoy

Por Hugh Thomas
Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad de Londres

Qué radiantes parecían los primeros años del siglo XX! La mayor parte del mundo estaba dominada por un puñado de prósperos Estados europeos. También Estados Unidos, mediante la doctrina Monroe, iba consiguiendo un control similar, aunque aparentemente más suave, sobre las ex colonias portuguesas y españolas en América. Además, en la mayor parte de estos Estados se había generalizado la idea de que el gobierno por consenso, es decir, el gobierno representativo, sería en el futuro una fórmula comúnmente aceptada.

Ninguna democracia era perfecta; casi ninguna permitía votar a las mujeres y con frecuencia el sufragio era restringido. Donde no era así, a menudo se daba el fraude, como en España. Pero en cualquier caso, se proclamaba como un sistema ideal. Incluso en China se celebraron elecciones, igual que se hizo en el Imperio otomano y en el austro-húngaro. El enorme Imperio ruso tenía una asamblea consultiva, la Duma, que, aunque sin poder efectivo, hubiera podido desembocar en un parlamento. La oposición a los dictadores latinoamericanos, como el general Porfirio Díaz en México, se manifestaba generalmente como una protesta democrática.

Los extensos Imperios europeos en Africa y Asia parecían gozar de los beneficios de la paz y del paternalismo, mientras los mejores administradores coloniales, como los británicos en Nigeria, pensaban más en preparar a sus súbditos para el autogobierno que en continuar con el control político permanente.

Un sugestivo y despreocupado cuadro de este periodo nos lo ofrece J. M. Keynes en su polémica obra *Las consecuencias económicas de la paz*: *¡Qué episodio tan extraordinario ha sido, en el progreso económico del hombre, la edad que acabó en agosto de 1914! Es verdad que la mayor parte de la población trabajaba mucho y vivía en las peores condiciones; pero, sin embargo, estaba, a juzgar por todas las apariencias, sensatamente conforme con su suerte. Todo hombre de capacidad o carácter que sobresaliera de la medianía tenía abierto el paso a las clases medias y superiores, para las que la vida ofrecía a poca costa y con la menor molestia, conveniencias, comodidades y amenidades iguales a las de los más ricos y poderosos monarcas de otras épocas. El habitante de Londres podía pedir por teléfono, al tomar en la cama el té de la mañana, los variados productos de toda la tierra en la cantidad que le satisficiera, y esperar que se los llevaran a la puerta; podía, en el mismo*

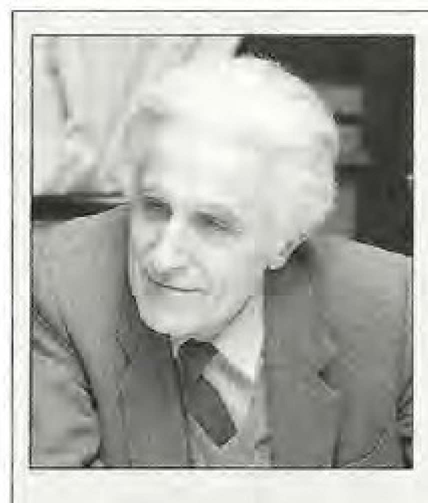
momento y por los mismos medios, arriesgar su riqueza en recursos naturales y en nuevas empresas de cualquier lugar del mundo, y participar, sin esfuerzo ni aun molestia, en sus frutos y ventajas prometidos, o podía optar por unir la suerte de su fortuna a la buena fe de los vecinos de cualquier municipio importante, de cualquier continente que el capricho o la información le sugirieran (Barcelona, Crítica, 1987). El fin de la Historia, como podría haber dicho un comentarista de los años 90.

Keynes, en 1919, añadió que la serpiente, en este paraíso, venía representada por *los proyectos y políticas militaristas e imperialistas así como por las rivalidades culturales y raciales.* La explicación de Keynes, para lo que suponía equivocado, no es tan aguda como su descripción de aquel mundo en su crepúsculo. Porque las razones para la Primera Guerra Mundial que, por supuesto, fue la que acabó con el optimismo de la primera parte del siglo, eran más profundas de lo que Keynes creía. Lo que ocurrió fue bastante sencillo. Los países más avanzados entraron en la guerra a causa de una disputa relacionada con las ambiciones que Austria tenía sobre Bosnia. Pero los motivos por los que los gobiernos se sintieron capaces de comprometer en una lucha tan feroz su capacidad económica, militar e industrial iban mucho más allá de una simple disputa diplomática. Por ejemplo, los austriacos buscaban una compensación por la parte de Imperio perdido en Italia cincuenta años antes. Además, estaban convencidos de que si permitían a los serbios escapar sin un severo castigo por el asesinato del heredero al trono, el archiduque Francisco Fernando, sus problemas internos estallarían. Los rusos creían que su régimen se vería amenazado si no apoyaban a sus primos serbios. Del mismo modo, los franceses consideraban su alianza antialemana con Rusia como la clave de su supervivencia, al tiempo que se les presentaba la ocasión de vengar la derrota sufrida a manos de los alemanes en 1870. Profundas necesidades psicológicas, como las definidas por Bergson en su filosofía, hicieron que Francia estuviera obsesionada con la idea de una guerra ofensiva. Alemania sintió que no podía abandonar a sus aliados austriacos y creyó que si la guerra con Rusia era inevitable, lo mejor sería pelear antes de que su industria se desarrollase más.

Tras la I Guerra Mundial la conciencia europea de su misión en el mundo se desmoronó y, en sólo una generación, los Imperios europeos se disgregaron como consecuencia del virus del nacionalismo

Quizás, más importante aún que preguntarse por las causas de la guerra de 1914 sean las explicaciones de cómo fue posible mantenerla después de que los Gobiernos se quedaran sin dinero. Al fin y al cabo, guerras similares estallaron en el siglo XVIII por controversias diplomáticas semejantes. Lo que hizo diferente a la Primera Guerra Mundial fue su intensidad y su duración durante años, en los que se vieron arrastradas a la lucha otras naciones distintas de las afectadas en un primer momento con motivo de lo de Bosnia. La respuesta está en que los Gobiernos recurrieron al empréstito a sus propios ciudadanos de una forma sin precedentes o a Estados Unidos (el último gran país en verse involucrado). Pero tan importante como el aspecto económico fue la influencia emocional e incluso intelectual de la propaganda de guerra, producto de una nueva prensa de masas, que en todos los países proporcionó, tanto a soldados como a civiles, el valor y la pasión para proseguir la lucha.

Consecuencia de la Primera Guerra Mundial fue una crisis política y espiritual que ha perdurado a lo largo de todo el siglo. En primer lugar, la conciencia europea de su misión en el mundo, que dependía de un sentimiento de superioridad moral, se desmoronó y, en sólo una generación, los Imperios europeos se disgregaron como consecuencia de la generalización del virus del nacionalismo. Si las grandes naciones europeas habían sido capaces de rebajarse hasta recurrir al nacionalismo en sus disputas, no podía sorprender que sus dominios coloniales hicieran lo mismo contra los europeos. Esta desintegración, aunque comenzó con los acontecimientos de 1914-1918, se aceleró con el estallido de la Segunda Guerra Mundial.



HISTORIA

Los historiadores de los años 90

La incertidumbre, la inseguridad, la ausencia de categorías en que se asienta una conceptualización de la sociedad de nuestro tiempo, de este tiempo presente en que las ráfagas emotivas parecen predominar sobre el ejercicio de la razón, en que la cultura de la imagen tiene mayor fuerza condicionante que la cultura del logos, se presentan como los rasgos dominantes de esta coyuntura, hecha de acontecimientos mal hilvanados que, a veces, sobrepasan, por sus consecuencias estructurales (en lo sociopolítico y en lo mental), a las mutaciones producidas por la acción de tiempos más largos.

En efecto, el mensaje que los habitantes del planeta estamos recibiendo durante el decenio de los noventa, antesala del mítico siglo XXI, es de una caótica mezcla de impulsiones primarias, de luchas de extrema crueldad, desatadas sin otro objetivo aparente que la exterminación recíproca, como en la antigua Yugoslavia, hoy despedazada ante la complicidad tácita de las potencias, o como las varias guerras intestinas en que quieren dirimir sus conflictos los grupos nacionalistas y étnicos y los restos de antiguos bandos del antiguo imperio zarista.

Otro tanto podríamos decir, con dolorido asombro, de la catastrófica experiencia económica de la tan soñada unificación alemana después del desplome del muro de Berlín, con el consiguiente renacer del neonazismo racista. Sin olvidar la guerra en Somalia o las banderas del fundamentalismo que se alzan por doquier en Oriente Medio y en Africa del Norte.

Por si todo lo anterior fuera poco —*como dice el profesor Roberto Mesa*— el proceso de disolución del comunismo ha tenido lugar en un marco genérico convulsionado por una nueva crisis del sistema económico capitalista.

Este panorama parece hacer retroceder culturas y sensibilidades a los tiempos más aciagos de la Historia. Porque de la Historia se trata. Por eso, HISTORIA 16 y quienes llevamos diecisiete años conviviendo con el esfuerzo creador de esta revista, no podemos por menos que plantearnos con urgencia: ¿Cuál debe ser el papel a jugar por los historiadores de los años noventa?

En la Historia hay coyunturas ideológicas, a las que no es ajena la misma historiografía ni los historiadores, ni cualquier otra ciencia social. El historiador busca sortear el escollo de la ideología, pero no hay que olvidar que estamos inmersos en un mundo concreto, en sus entramados socioeconómicos, sus conflictos políticos, sus estructuras y sistemas de ideas, sus creencias también; y por supuesto es un mundo en movimiento, que a veces se presenta convulso, pero significa lo que está naciendo, mientras otros mundos se van desmoronando.

El historiador no es un testigo, ni siquiera un notario, y mucho menos un juez: pero es siempre un intérprete; el auténtico historiador cuenta con dos palancas metodológicas: la globalidad y la temporalidad; conocer no es saber cómo las cosas son, sino cómo han llegado a ser. Las ciencias sociales, no siempre bien avenidas, y con frecuencia desconectadas entre sí, se aíslan en sus territorios concretos, hacen difícil el diálogo entre ellas y no facilitan las síntesis. Como recientemente recordaba el profesor Fontana: Ni la economía ni la sociología pueden hacer análisis que no sean sincrónicos; y en el estudio, tanto de la sociedad como del hombre, no se puede anular la dimensión tiempo. El historiador necesita considerar todo el conjunto de factores que intervienen y aunque los económicos son de mucha importancia, no son los únicos, así como tampoco lo son las formas de organización social. También hay que considerar la importancia de los factores culturales. El historiador necesita captar la evolución en el tiempo y, sobre todo, cómo se entrelazan todos los factores.

Este adiós al dramático, pero también apasionante siglo XX (ni queremos ni podemos olvidarnos del prodigioso avance técnico-científico, de todo lo que ha abierto luminosos horizontes a la humanidad) necesita de los historiadores para lograr la cosmovisión globalizadora en el tiempo y en el espacio; porque ni las cosas ni los sujetos de la Historia están dados ahí, inmóviles, para siempre, sino todo lo contrario, en continua transformación.

Manuel Tuñón de Lara
Catedrático de Historia Contemporánea



Entrevista entre Vladimir Ilich Lenin y Georgui Dimitrov en el año 1921, según una pintura de la época

En segundo lugar, la guerra mundial anunció el fin de la creencia en el progreso que había caracterizado a todo el siglo XIX y que hundía sus raíces en el siglo XVIII, la edad de la razón.

Al mismo tiempo, la religión tradicional también resultó gravemente herida: si Dios permitía la matanza en el frente bélico, ¿podía existir, de hecho, una deidad justa?

En tercer lugar, el control de los Gobiernos sobre la economía de las naciones contendientes apuntó la posibilidad, al menos así parecía, de una dirección estatal de la sociedad en una forma apenas vislumbrada, antes de la guerra, por el pequeño número de socialistas que podían encontrarse en los países más avanzados. Este control del Estado durante la Primera Guerra Mundial fue el antecedente de casi todos los principales credos políticos del resto del siglo: bolchevismo y comunismo en Rusia y después en otros sitios; fascismo o nazismo en Italia, Alemania y en otros países que lo imitaron; e incluso, aunque en menor grado, socialismo democrático.

En cuarto lugar, la guerra, con la destrucción de la potencia económica de los principales países europeos, sobre todo Gran Bretaña y Alemania, traspasó todo el poder a Estados Unidos, que si en un principio se habían mostrado reacios a asumir cualquier responsabilidad, se vieron permanentemente comprometidos con carácter mundial tras el estallido de la segunda gran guerra.

Comunismo frente a fascismo

Con todo, el heredero más importante e inmediato de la Primera Guerra Mundial fue el comunismo. Ahora que este movimiento de coordinación internacional ha sido abandonado, empieza a ser posible juzgarlo con realismo. Con su carácter milenarista, sus libros sagrados *(El Capital,* el *Manifiesto Comunista),* sus himnos *(Bandera Roja, La Internacional),* el recuerdo de sus profetas (Marx, Engels, luego Rosa Luxemburgo y, por supuesto, Lenin tras su muerte en



HISTORIA

Historia y tiempo presente

¿Tiene sentido y, a la vez, resulta posible una Historia del Tiempo Actual?

La verdad es que esta doble pregunta no siempre se le ha presentado como tal al ser humano. En la Grecia y la Roma clásicas se hizo Historia de lo que acababa de suceder. Sólo cuando, en la Edad Moderna, se pretendió que la Historia adoptara un estatuto científico se reclamó la lejanía para conseguir la imparcialidad. Pero la historicidad es una categoría de lo humano, sea cual sea la lejanía cronológica, y eso mismo debiera convencernos de la posibilidad y aun de la obligación de hacer Historia del Tiempo Presente.

El hombre de este final de siglo que nos ha tocado vivir se encuentra ante dos fenómenos inéditos: la sensación de que el número, la variedad y la importancia de los cambios en todos los terrenos le sumen en un gran desconcierto y la de que, además, las fuentes de información son tan abrumadoras que parecen exigir un análisis sintético que de modo necesario debe remitirse a los antecedentes. Esos dos fenómenos son, en definitiva, la prueba de la necesidad de una Historia cuyos límites cronológicos hacia atrás son aquellos que nos señala la configuración de un mundo como el que vivimos en la actualidad. Todavía estamos en las últimas consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y de cómo quedó configurado el mundo tras ella. Es cierto que en 1989 el mundo experimentó un cambio de envergadura semejante pero, en realidad, no hemos presenciado todavía todas las repercusiones del mismo.

La Historia del Tiempo Presente suele ser acusada de no conocer el desenlace final de lo que estudia, de ser subjetiva o de buscar el consumo inmediato. Eso puede ser cierto, pero hacer una Historia provisional también tiene sentido, la participación en los acontecimientos puede ser enriquecedora y la utilidad social de la Historia ha sido algo siempre buscado por los profesionales de la misma.

Estudiar la Historia del Tiempo Presente es lograr que la actualidad quede restituida en sus raíces y en su espesor significativo. Dar dimensión histórica a lo que estamos viviendo permite reconstruir la complejidad que está en su origen. Los directores de cine hablan de la profundidad de campo de sus imágenes y algo parecido es lo que hace con el presente el historiador. De esta manera, el buen profesional puede descubrir los ejes fundamentales que han vertebrado al pasado inmediato que ya desapareció y al presente que existe ahora, con ello este último puede ser modificado de modo sustancial. De esta manera la retrospección acerca del pasado se convierte también en prospección hacia el futuro.

¿Es la Historia del Tiempo Presente tan sólo periodismo? La acusación parece grave pero hay buenas respuestas contra ella. El historiador parte del sentido del tiempo y del cambio del que carece el periodista. Además, porque es un científico social, pretende agotar las fuentes, aun pensando que tiene el inconveniente de que pueden no ser completas. Y, sobre todo, practica la síntesis de saberes muy variados que van desde la ciencia política al arte pasando por la sociología, lo que le da una dimensión original y profunda a un tiempo.

Javier Tusell
Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad Nacional de Educación
a Distancia (UNED)

1924), el comunismo, como observaron Unamuno y Keynes en los años veinte tenía todas las características de un movimiento religioso. Concentraba su fuerza en la certeza de que el mundo, basado en la adquisición de beneficios por los capitalistas, era corrupto y perverso, algo que parecía razonable a todos aquellos que vivían hacinados en las ciudades industriales de los primeros años del siglo. Los comunistas creían que el mundo podía reconstruirse sobre la base de una fraternidad internacional que acabaría tanto con los Estados nacionales como con los negocios privados.

El número de simpatizantes del comunismo antes de 1914 era modesto. Tenía el carácter de una secta dentro del movimiento socialista internacional. Pero la guerra mundial dio su oportunidad a este movimiento. Tras las victorias alemanas sobre Rusia, el gobierno del zar había sido derrocado por una coalición de liberales y filántropos nacionalistas y socialistas. Lenin no desperdició la ocasión y, seis meses después del destronamiento del zar, dio con éxito un golpe de Estado. En palabras del gran historiador francés Eli Halèvi, en *La Era de las Tiranías, Un grupo de hombres armados, empujados por una causa común, se declararon a sí mismos el Estado.* Una vez en el poder, proclamaron su determinación de terminar con la guerra. En aquellos momentos, en Rusia, el conflicto parecía impopular e inaceptable, aunque los demás partidos lo apoyasen. Los bolcheviques, que oficialmente eran sólo una fracción del movimiento democrático social de Rusia, también respaldaron las reivindicaciones de una destrucción violenta de todo el orden social existente en el campo. En consecuencia, estalló una guerra civil en la que, con el objetivo inicial de asegurarse que el país siguiera luchando contra Alemania, los aliados occidentales de la vieja Rusia intervinieron contra el gobierno bolchevique.

Lenin no desperdició la ocasión y, seis meses después del destronamiento del zar, dio con éxito un golpe de Estado tomando el poder

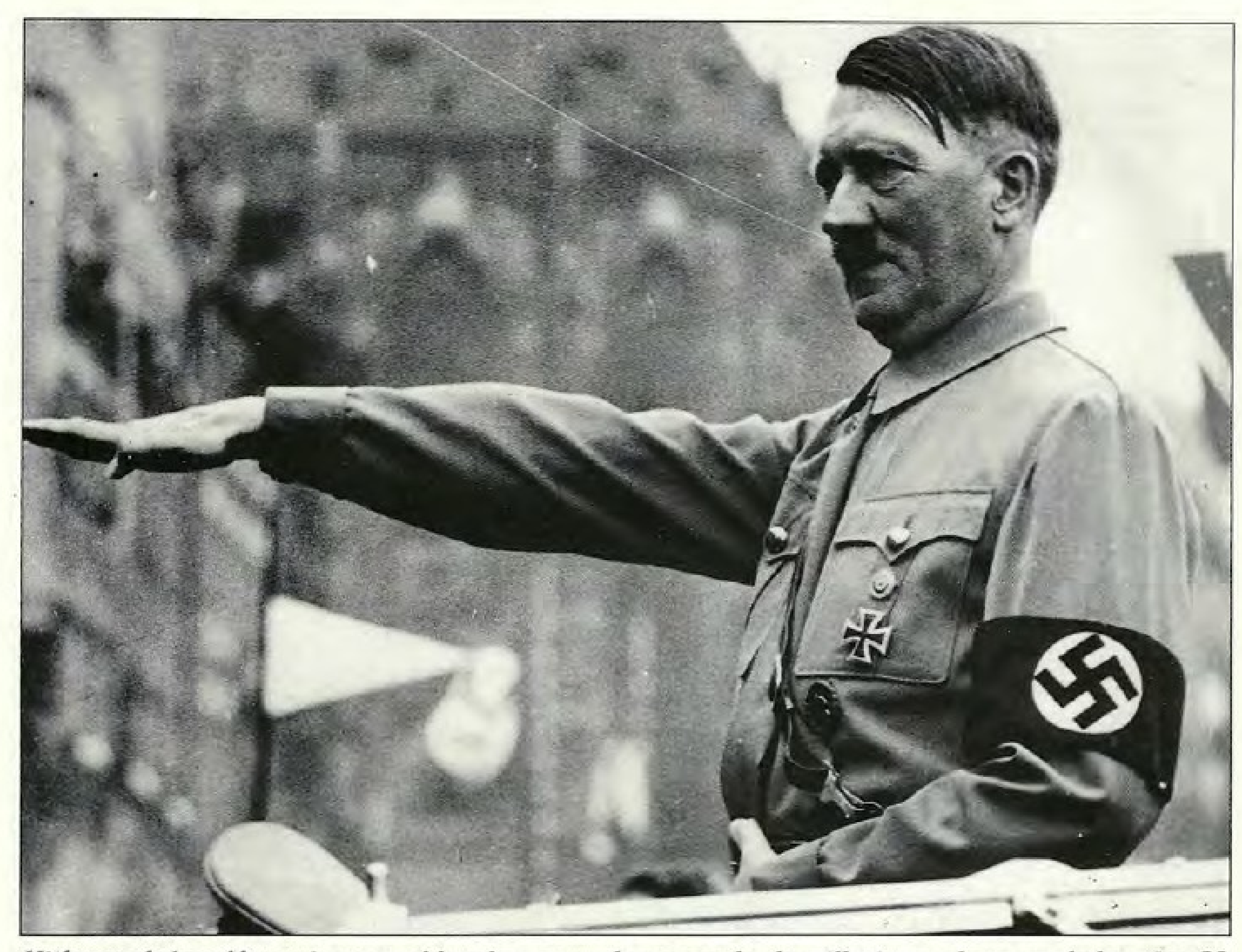
Lenin esperaba llevar su revolución a donde el profeta Marx hubiera querido hacerlo, en Alemania. Sin embargo, por más que los alemanes estuvieran pasando hambre y se encontrasen en unas condiciones miserables tras su derrota, la revolución consiguió evitarse. También hubo intentos fallidos en Italia, Baviera y Hungría. La revolución rusa hubo de contentarse con organizar una conspiración internacional de partidos comunistas, oficialmente independientes y de ámbito nacional, coordinados de hecho bajo lo que se llamaba Tercera Internacional Comunista *(el Comintern),* con sede en Moscú. En el interior, tras varios años de lucha, los comunistas ganaron la guerra civil y se embarcaron en la reconstrucción del país para actuar, a largo plazo, como vanguardia de la revolución mundial según el ideario comunista, pero, a corto plazo, como un nuevo modelo de Estado en el cual —por lo menos tras la victoria final de Stalin como heredero de Lenin— todo esfuerzo privado fue subsumido por la empresa colectiva. Nunca antes se había impuesto tal grado de uniformidad disciplinada. Cualquiera que fuese sospechoso de oponerse era castigado con la prisión o la muerte. A pesar de todo, la atracción por el comunismo siguió viva. Miles de intelectuales de distintos continentes, que habían perdido la fe en las religiones establecidas, la sustituyeron por el comunismo.

El desafío comunista fue el principal acontecimiento internacional de los setenta y tres años que median entre 1917 y 1990. Si hasta 1946, durante la primera mitad de este periodo, apareció eclipsado por el problema de Alemania, después, el conflicto entre comunistas y sus oponentes —una curiosa e inarticulada alianza de demócratas, cristianos, capitalistas y derecha autoritaria— fue la forma característica de la sociedad mundial.

Para empezar, en los años veinte, este conflicto tomó un giro imprevisto. En 1920 se percibió como muy posible que la revolución comunista pudiera extenderse a Italia. En realidad, Lenin había advertido a los líderes comunistas italianos contra cualquier *aventura* cuando supo que el país no producía su propio carbón. Sin embargo, después de una ocupación política de las fábricas el viejo Estado burgués parecía demasiado débil para resistir las tácticas comunistas. El resultado fue la creciente popularidad de un nuevo movimiento liderado por un socialista y nacionalista de gran fuerza, Be-



Mussolini se dirige a sus seguidores, rodeado de los jerifaltes del fascismo, en el Duomo de Milán, 1924



Hitler se alzó en Alemania como el hombre capaz de superar las humillaciones alemanas de los años 20

nito Mussolini. Los italianos se apiñaron en torno al partido fascista de Mussolini y también de su Gobierno después de que éste dejase de enfrentarse con el Papa, no sólo porque apoyaban una retórica violenta sino porque temían que la otra alternativa fuera el comunismo. Mussolini ofreció una revolución, pero iba a ser una revolución nacionalista. Parecía una barrera efectiva contra el comunismo internacional.

El ejemplo italiano fue seguido por Alemania, donde Hitler lideraba un movimiento de ideología similar, aunque más violento, que el de Mussolini. El Nacional-Socialismo (Nazismo) basaba su fuerza en el resentimiento por la derrota alemana de 1918 a manos de los aliados y en la brutalidad de la paz impuesta en Versalles. Tenía también otro sentido más profundo, en una Alemania que, unificada hacía poco tiempo, sentía su alma original e histórica amenazada por todo tipo de movimientos y modas internacionales (por ejemplo, fue típico, que en Alemania, con Hitler ya instalado en el poder, sólo se permitiera en los conciertos interpretar música alemana por músicos alemanes). Las distintas humillaciones por las que Alemania pasó durante los años veinte, como el colapso de su moneda, aumentaron el atractivo de Hitler, que se presentó como el hombre capaz de superar estos fracasos. Cuando se produjo la depresión de 1930-1933, que dio al traste con la revitalización económica de Alemania de finales de los años veinte, y que provocó un enorme desempleo y gran pobreza, a la clase media alemana le pareció inminente la derrota del Estado burgués por el comunismo. Buscaron entonces una defensa contundente frente a la revolución mundial y la encontraron en Hitler. En consecuencia, fascismo y nazismo deben su triunfo no tanto a sí mismos como al atractivo que ejercieron como movimiento revolucionario nacional en la clase media. Algo semejante, aunque de menor alcance, ocurrió en España en 1936. El miedo a la revolución llevó incluso a políticos moderados a imprevistas actitudes radicales.

Durante cierto tiempo el gobierno de Hitler tuvo mucho éxito. Un plan nacional coordinado —con énfasis en el rearme— activó la economía. Los sindicatos y toda la oposición fueron aplastados. Las reclamaciones de Alemania para la redistribución

RELACIONES INTERNACIONALES



De la utopía a la realidad

Entre 1945 y 1989 la escena mundial estuvo presidida por una bipolaridad cuya lógica despuntara con la revolución rusa de 1917. El dato decisivo consistía en la existencia de un campo socialista, que bajo distintas fórmulas coincidía en el intento de forjar un nuevo tipo de sociedad a la sombra del poder dictatorial de un partido comunista y de su correspondiente líder supremo. Frente a este modelo político, que en los países de hegemonía soviética daba lugar además a una situación de soberanía limitada en el marco de una alianza militar dirigida por la URSS, los países capitalistas desarrollados, con Estados Unidos a su cabeza en los planos político y militar, formaban un frente de resistencia orientado a salvaguardar los valores del autodenominado mundo libre, con el respaldo de fuertes tasas de crecimiento económico y una capacidad también alta para generar progreso tecnológico. De hecho será en estos dos terrenos donde se gesta desde los años 70 la derrota del socialismo real, que ve destruida su promesa de emancipación al constatar una irremediable inferioridad técnica y económica en relación a occidente.

Al derrumbarse el campo socialista, entre 1989 y 1991, surgió por un momento la perspectiva armonista en la vanguardia de los vencedores. Tras encontrarse el mundo más de una vez al borde de la guerra nuclear entre los bloques, asomaba la posibilidad de un mundo sin conflictos, o por lo menos de relativa tranquilidad, asegurada por un papel activo de las Naciones Unidas con Estados Unidos como garante supremo de la estabilidad mundial. Pero resulta inútil insistir sobre la rápida disipación de las esperanzas puestas en ese nuevo orden internacional. La crisis del Golfo sacó a primer plano un sistema de estrategias múltiples, donde cualquier actor secundario podía reavivar hasta niveles de máxima tensión el peligro de una ruptura de los equilibrios sobre la base de lógicas de poder regionales o sectoriales. La respuesta fue ya, de inmediato, la guerra y, aunque la misma confirmó el liderazgo USA, ni siquiera consiguió implantar con la victoria un orden regional estable. Luego llegó la demostración de impotencia ante una nueva crisis bélica, sembrada de crímenes de guerra, en los Balcanes. Y cierra el círculo del pesimismo la deriva hacia las matanzas de masas en la intervención de finalidad humanitaria en Somalia. Todo ello sobre el telón de fondo de una nueva crisis económica que afecta a la mayoría de los grandes países capitalistas.

Cabe pensar, en consecuencia, que la caída del muro no supone sólo el fin de una larga confrontación entre sistemas sociales, sino la apertura de la situación internacional a las tensiones reales que habían ido forjándose durante las últimas décadas y que permanecieron en segundo plano ante el protagonismo de la bipolaridad. El mundo tiene que sufrir las sacudidas del desplazamiento de los polos de desarrollo desde Euramérica a las sociedades-colmena de Oriente. Es inevitable que refleje los estallidos demográfico y de miseria en los países del Sur, así como la proliferación de conflictos regionales. Desaparece la bipolaridad asociada a la utopía. Entramos en una época dominada por la proliferación de tensiones y crisis múltiples, derivadas de la realidad económica del planeta.

Antonio Elorza
Cat. de Historia del Pensamiento Político.
Universidad Complutense de Madrid



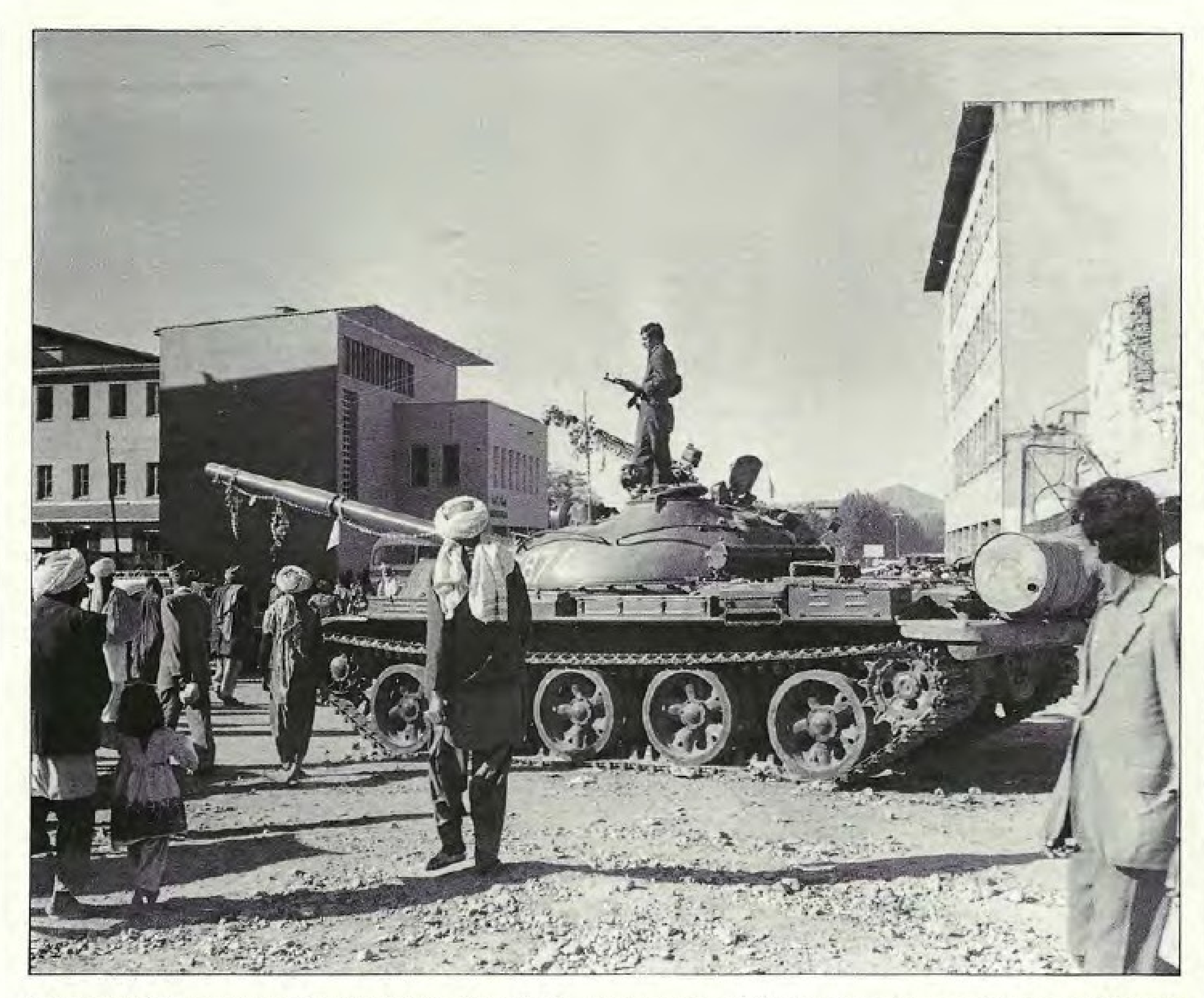
Infantería alemana en Noruega protegida por un **Panzer.** *La locura de la guerra estaba en marcha*

del mapa, al que injustamente se había llegado en 1919 (como los alemanes creían, y no sin razón) fueron aceptadas (1936: fin de la desmilitarización del área del Rin; rearme; 1938: unión con Austria y con las zonas de lengua alemana de Checoslovaquia). Sin embargo, después, Hitler quiso realizar el resto de sus ambiciones por la fuerza. Estas incluían la conquista del oeste de Polonia, la transformación de Francia en un Estado satélite, la subordinación forzosa del este europeo a la economía alemana, la derrota del comunismo en Rusia y, sobre todo, la concentración y posterior matanza de la mayor parte de la población judía de Europa. El conflicto resultante fue el más destructivo de cuantos hubo hasta entonces; a las innumerables muertes producidas en el campo de batalla, hay que añadir la destrucción con bombas desde el aire. Por otro lado, el alineamiento de Japón junto a Alemania amplió la guerra al Lejano Oriente con la guerra chino-japonesa, iniciada años antes, convirtiéndolo en teatro de operaciones del conflicto mundial. Las colonias francesas e inglesas fueron conquistadas por Japón durante un cierto tiempo.

En 1945 el mundo quedó a merced de Estados Unidos y de la Rusia comunista. Los otros aliados victoriosos (Inglaterra, Francia y China) lograron mantener el honor y no mucho más. Su posición estaba muy dañada por las primeras derrotas sufridas. Sin embargo, el conflicto entre los dos principales vencedores estalló casi de inmediato. Fue la *guerra fría*. Las causas inmediatas fueron varias. Se ha dicho que la provocó el empeño de Estados Unidos por un nuevo orden mundial promovido a través de la Organización de las Naciones Unidas y basado en el control internacional sobre el material nuclear y su producción (el *plan Baruch)*. Pero, en realidad, la iniciativa partió de la Rusia de Stalin, la cual, tremendamente dañada por la guerra, se tomó sus compensaciones ocupando todo el este y sudeste de Europa (incluyendo Alemania oriental). Después de 1949, la posesión rusa de armas nucleares planteó el problema de cómo oponerse a una Unión Soviética dotada de esa superioridad militar y tecnológica.

Al principio, la *guerra fría* tuvo su centro en Alemania y Europa. El problema era: ¿podrían los partidos comunistas franceses e italianos imponer un régimen pro-soviético en sus respectivos países? ¿Se permitiría a la Unión Soviética utilizar impunemente las economías de los países comunistas del este de Europa? ¿Podría Grecia caer bajo los rusos después de una cruel guerra civil? ¿Caería todo el Occidente europeo bajo las amenazas, la subversión y los halagos soviéticos?

Sin embargo, hacia 1960, una combinación de factores, sobre todo la formación del Tratado del Atlántico Norte con la instalación permanente de las fuerzas norteamericanas en Europa, tanto del ejército como de armas nucleares, hizo que la guerra fría se desviara hacia Asia, Africa e Hispanoamérica. En todos estos continentes, denominados *Tercer Mundo* por el demógrafo francés Alfred Sauvy, entre 1960 y 1990, el conflicto entre los partidarios de Estados Unidos y los amigos de la Unión Soviética siguió durante muchos años. Se utilizaron tanto armas como agentes de ambas potencias, aunque esas grandes naciones, temiendo una guerra total con armas nucleares, se autolimitaron hasta cierto punto. A pesar de que en Vietnam operaron grandes contingentes de fuerzas americanas, los rusos no estuvieron presentes en el campo de batalla. Lo mismo sucedió, pero al revés, con el intento soviético de absorber Afganistán. La revolución comunista en China, aunque al principio apoyó a los rusos, después de 1960, tras la ruptura chino-rusa, terminó por conferir a la guerra fría un carácter más ambiguo.



Carro soviético en una calle de Kabul, Afganistán, en mayo de 1978. Su invasión resultó un gran fracaso

Si volvemos nuestra mirada a estos extraordinarios años de desafío comunista, nos parece que fue un conflicto desequilibrado. Las naciones comunistas se beneficiaron de un único centro de autoridad, una convincente cosmovisión, disciplina y una total confianza en la victoria final de su causa. Estados Unidos y sus aliados, principalmente los países de Europa occidental y Japón, pero también los Estados surgidos de los antiguos Imperios británico y español con pocas excepciones (México siguió siendo no-alineado), estaban menos organizados y tenían opiniones bastante contradictorias que competían por la superioridad: el capitalismo —revalorizado cuando Margaret Thatcher y Ronald Reagan tuvieron el poder en Gran Bretaña y Estados Unidos—, el cristianismo —cuya importancia política comenzó sobre todo con el ascenso al papado de Juan Pablo II— y las instituciones democráticas, todo jugó su papel. Aunque con frecuencia esta diversidad daba la impresión de confusión, era en realidad el origen de su fuerza. La excluyente ideología del sistema soviético, diseñada para una autoridad política efectiva, podría haber ayudado a la victoria en caso de guerra mundial, pero en los muchos años de paz inestable, la diversidad intelectual de Occidente, incluida la confusión, ayudó a la innovación tecnológica y al desarrollo de las empresas. La forma característica de las democracias avanzadas fue la sociedad mixta. Esta expresión describía un mundo en el cual, aunque se había agotado el *laissez-faire* en su fórmula decimonónica, el control del Gobierno era al mismo tiempo limitado. En este momento parecía ser la *fórmula reina* para el futuro. Pero, igual que en 1910 con respecto a su equivalente político o constitucional, esa sociedad no puede suponerse garantizada. El integrismo religioso (como el de Irán) y los problemas raciales (Serbia) amenazan por distintos frentes. La vida racional no es más segura que en el pasado.

En los años veinte y treinta, los Estados Unidos y Europa occidental tuvieron la ini-



ESPAÑA

Un cambio histórico

A medida que nos acostumbremos a contemplar este fin de siglo de nuestro país en la adecuada perspectiva histórica resaltará con mayor nitidez, estoy seguro, el vuelco sustancial que prácticamente todos los indicadores de estado social han sufrido en el momento en que hacemos estas reflexiones. Estamos hablando en esencia del punto de partida que representa la transformación española de los años sesenta del siglo XX. Sin duda, no somos los primeros en reparar en este hecho. Ninguna otra transformación contemporánea —ni, probablemente, de otra época alguna— mostrará con el tiempo la irreversibilidad y la profundidad de un salto que de manera genérica llamamos ya la industrialización *del país y que de manera más específica y rigurosa deberíamos identificar como la virtualidad que se encierra en lo que ya somos hoy: una sociedad de* desarrollo viable.

Históricamente la sociedad española es otra desde los años sesenta. Hemos de reconocer, no obstante, que ésta es una observación en el largo plazo, que no es un juicio de analista político, y menos un juicio desde los presupuestos que definen las sociedades de consumo. A fines del siglo XX, ¿es España un país en algún sentido superior *a lo que haya sido en momentos de su Historia anterior que podamos identificar de manera apreciablemente clara? ¿Es esta España superior a la que colonizó América, la que sostuvo un Imperio en Europa, la que fue* martillo de herejes, luz de Trento*?... Para el ciudadano medio, una disquisición de tal especie tendría algún sentido si fuera fácil discernir si nuestra sociedad es o no es ahora más rica, más poderosa, más respetada y respetable y, en definitiva, lo que seguramente es mucho más importante, si es más justa, más equitativa, más tolerante y tolerable porque sea más pluriforme, más culta y expansiva.*

Reconozcamos también que no se trata de valoraciones fáciles ni muy aptas para consenso. Lo que el observador atento o el experto en la ciencia social puede decir tiene un carácter relativo. Y en este sano relativismo, del que estoy seguro que no se salva ningún juicio, yo me atrevería a destacar como crucial la situación que definiría así: nunca esta sociedad que llamamos España ha estado más reconciliada con su entorno.

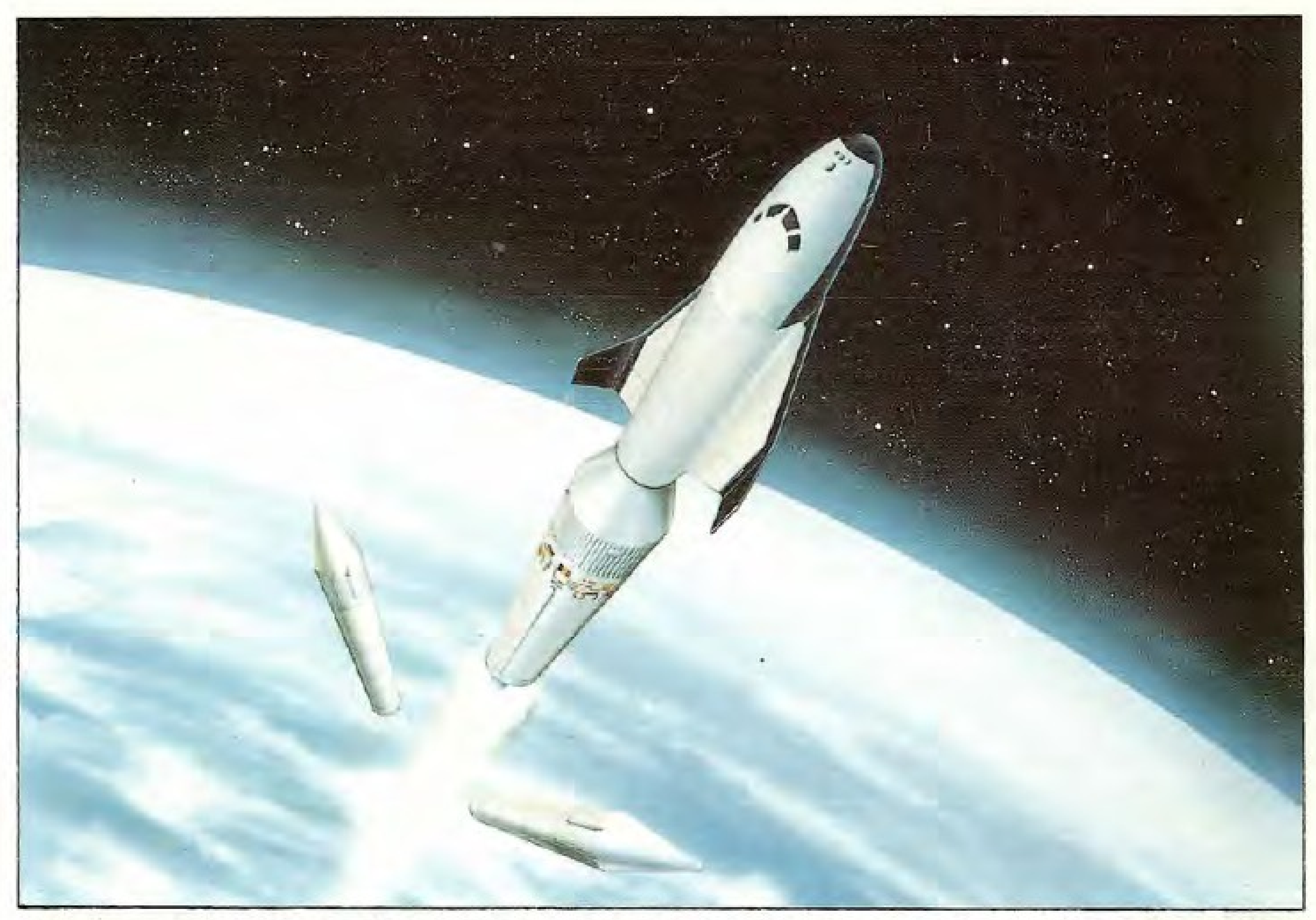
Nunca la sociedad española ha estado ligada en mayor medida al destino de los pueblos que nos rodean que en este final de siglo. Nunca ha sido más europea, por decirlo en una palabra. Nunca, parece, hemos estado más cerca de encontrar una vocación en la que podamos identificarnos todos por estar acorde con nuestras posibilidades. Nunca nuestro grado real de desarrollo ha estado más en la onda de los verdaderos merecimientos sociales, intelectuales y éticos que mostramos. Estoy convencido de que a fines del siglo XX España es un país donde estado presente y perspectivas de futuro están más ligados que nunca. El desarrollo *español parece más real por cuanto es más* realista.

Nadie vea, sin embargo, en esto un juicio gratuitamente optimista que sería un juicio engañoso. El nunca como ahora *que yo formulo aquí de manera esperanzada no puedo dejar de acompañarlo de un paralelo* ahora o nunca.

El elemental y aparente nuevo bienestar vela peligrosamente la tosquedad de nuestras infraestructuras sociales, de los cimientos de nuestra convivencia; vela la conciencia necesaria de nuestra general carencia de capacidad de organización, de sentido orgánico de la realidad, cuya manipulación utilitaria confiamos casi siempre a la improvisación; de nuestra dificultad para articular la convivencia con las discrepancias y la complementariedad de las opciones; de nuestra incapacidad verdadera para producir ciencia y técnica; de la carencia de un Estado eficaz, en el que casi nunca hemos creído como nación, y de una cultura intelectual verdaderamente expansiva.

Este final del siglo XX nos llega con una España históricamente incomparable. Y, desde luego, con una España inacabada, sin haber encontrado del todo el ritmo. Ojalá que como país todas las generaciones de españoles que vivimos la nueva época sepamos interpretar plenamente las señales que ella nos da.

Julio Aróstegui
Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid



A la carrera espacial de soviéticos y norteamericanos se han sumado los europeos con su proyecto Hermes

ciativa de muchas invenciones de la época: la aparición del automóvil, que primero llegó a la clase media y luego a las familias más modestas; el abaratamiento de los precios de las tarifas aéreas, que hizo posible que la aviación sustituyera al tren y al barco para largos trayectos; la radio, y luego el cine y la televisión, que se convirtieron en rivales directos de los periódicos y de los libros en lo referente a noticias y entretenimiento. El teléfono y, más recientemente, el fax, se han hecho con los medios privados de comunicación, sustituyendo a la carta, que estuvo vigente durante cuatro siglos. Estas innovaciones han transformado la naturaleza de la vida moderna. Todas son producidas por trabajadores que, a los ojos de los revolucionarios de los años treinta, serían miembros de una clase media. Lo mismo puede decirse de la más significativa de estas innovaciones —el ordenador— así como de los grandes descubrimientos que han hecho desaparecer o han limitado las enfermedades más mortales del pasado (malaria, fiebre amarilla, viruela).

El aspecto militar era el único en el que el mundo comunista parecía mantener una cierta superioridad sobre el mundo occidental. El logro, en 1957, del *Sputnik,* el primer satélite, supuso un gran éxito en las conquistas soviéticas y durante años pareció que la distancia entre Estados Unidos y la Unión Soviética con respecto a los misiles estaba a favor de este último país. Así, los cohetes con cabezas nucleares soviéticos fueron una gran amenaza hasta finales de los años ochenta, cuando esa era de superioridad se acabó. La determinación de Estados Unidos, bajo la presidencia de Reagan, para seguir adelante con una dudosa pero enormemente cara Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) —la *guerra de las galaxias*— constituiría la apuesta final ante la que los líderes comunistas hubieron de rendirse.

Básicamente ocurrió lo mismo con el arte. El arte soviético tuvo una sola faceta: el realismo social. Occidente, incoherente y contradictorio, fue extremadamente variopinto. Se daba el realismo social, pero también, y con la misma fuerza, el arte por el arte. Los mejores escritores en el régimen comunista —igual que en la Rusia zarista— fueron los críticos, como Pasternak y Solzhenitsyn.

He subrayado, quizás más de lo debido, la denominada *lucha Este-Oeste* y omitido las tensiones similares entre Norte-Sur.



CIENCIA

La ciencia a finales del siglo XX

Poco cabe decir en unas líneas acerca de la actividad científica a finales del siglo XX. Ante la imposibilidad material de referirse a su contenido, quizá lo más adecuado sea anotar de forma lacónica dos aspectos generales, su imagen social y su crecimiento.

Sobre la imagen social de la ciencia continúa pesando, por desgracia, una serie de tópicos difundidos a través de los medios de comunicación de masas, no sólo por ensayistas irresponsables, sino también por científicos, algunos eminentes. Uno de esos tópicos procede del doble chauvinismo *histórico y cultural que presenta la ciencia como un producto exclusivo del mundo euroamericano del período más reciente. Constituye una barrera casi insalvable para percatarse de que el conjunto de saberes científicos actuales es, por el contrario, el sedimento de un complejísimo proceso histórico milenario. Muy a menudo he podido comprobar la tremenda sorpresa, y también la fuerte oposición a admitir lo evidente, que produce la noticia de que supuestas novedades características de nuestro tiempo son meros cabos terminales de un entramado multisecular en el que han estado implicadas las más diversas sociedades y culturas.*

Otro tópico radicalmente desorientador es la imagen de la ciencia como algo neutral ideológicamente y disociado, por su carácter objetivo, *del resto de los productos de la actividad humana. Detrás de la defensa de la neutralidad de la ciencia suele estar el intento de sacralizarla por parte precisamente de las diferentes formas de poder político, social y económico que la manipulan y la subordinan a sus intereses. Confinar la ciencia en un limbo de* objetividad *supone, entre otras cosas, ignorar que, en el sentido restrictivo al que nos estamos refiriendo, consiste en la serie de actividades cuyo objetivo es la explicación de los fenómenos naturales. Está inseparablemente integrada con las demás y tan condicionada como cualquier otra por factores socioeconómicos, políticos y culturales. En contradicción con su imagen unicista y fixista, adopta formas diversas como subsistema social y cultural presente en todas las colectividades humanas. La plena conciencia del pluralismo y del continuo cambio sociocultural de la ciencia quizá sea una de las novedades peculiares de este final de siglo que resulta urgente difundir.*

La fase por la que el crecimiento de la ciencia parece atravesar en los años que estamos viviendo es, sin duda, el aspecto general más digno de ser destacado. A mediados del presente siglo, Derek J. de Solla Price formuló de modo maduro uno de los modelos matemáticos básicos de los estudios sociales sobre la ciencia. Demostró que en la ciencia moderna, a partir del siglo XVII, la forma normal de crecimiento ha sido exponencial, como ha sucedido también en otros campos sociales, demográficos y económicos. Su ritmo de crecimiento ha sido mucho más rápido que el producido en la mayoría de éstos: mientras que la población, por ejemplo, se ha duplicado cada cincuenta años y la renta de los países desarrollados cada veinte, las cifras relativas a la ciencia (publicaciones profesionales, gastos, hechos conocidos sobre temas determinados, etc.) lo han hecho cada diez o quince años. Price ya advirtió que este crecimiento exponencial alcanzaría en algún momento un límite, la necesidad de una saturación antes de que llegase a haber dos científicos por cada hombre, mujer, niño o perro. *En consecuencia, postuló que la llamada* gran ciencia (big science) *de mediados de la actual centuria podría señalar el punto de declinación. Este planteamiento, acogido con gran agresividad desde posiciones ideológicas optimistas, continúa siendo debatido, pero no debe ocultarse que muchos hechos empiezan a indicar que durante el último cuarto de siglo el crecimiento de la ciencia se ha retardado. Habrá que esperar para conocer si se trata de un fenómeno de coyuntura o si corresponde a la declinación del crecimiento y al origen de nuevas condiciones que acabarían por transformar una de las características centrales de la ciencia moderna desde la Revolución Científica del siglo XVII.*

José M. López Piñero
Instituto de Estudios Documentales
e Históricos sobre la Ciencia.
Universidad de Valencia-CSIC



Misil MX norteamericano en un hangar. Reagan los trajo a Europa como medida de presión contra la URSS

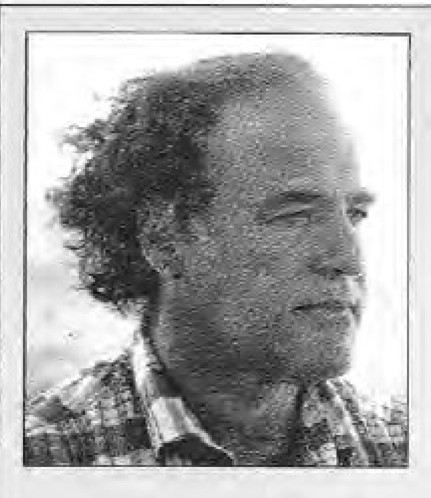
Igualmente, no he prestado atención al significado de los problemas medioambientales ni a la sobrepoblación mundial. Todo ello ha sido hecho intencionadamente. Me he sentido obligado a hablar sobre lo que han sido *trenes de larga distancia*, evitando los de cercanías. Es más, los problemas Norte-Sur, tal y como se manifiestan en la presión de la población sobre las fronteras del sur de Europa, o la exacerbación de una presión similar en las fronteras del sur de Estados Unidos, parecen más bien ser cosas del presente y del futuro que del siglo que tan poco airosamente camina hacia su final. Lo mismo ocurre en lo que se refiere al medio ambiente.

Durante los años noventa se ha trazado un nuevo diseño del mundo. Esto es lo que Salinas, el más afortunado presidente de México, ha calificado como la balcanización política del mundo, junto a la creación de una unidad económica mundial. Esta unidad económica mundial dista mucho de ser completa, aunque está casi al alcance de la mano, como sabe cualquiera que acuda a un mercado, incluso en el país de Salinas: allí puede encontrar artículos producidos en China junto a los de México. Sin embargo no hay un centro efectivo de lealtad política. La oportunidad de algo semejante a un poder mundial existe para Estados Unidos. Pero incluso después de la Guerra del Golfo, en 1991, parece como si este país, para bien o para mal, fuera totalmente reacio a aprovechar esa oportunidad. Quizás se deba a que, en el fondo, esta gran potencia no tiene una filosofía dominante que sus estadistas deseen imponer en el mundo. Tal vez, también, les dejó agotados la guerra fría.

Entretanto, un nuevo fenómeno ha irrumpido de forma absolutamente imprevista. Se trata del resurgir de la religión como fuerza política. El papa Juan Pablo II cree que ha jugado un papel importante en el derrocamiento del sistema comunista. Teniendo en cuenta su identidad polaca y su triunfal visita a Polonia en 1978, podría estar en lo cierto. Pero el catolicismo romano, seguramente para su bien, no es la única fuerza a escala mundial. El Islam, bajo formas diversas, ha resurgido como auténtica alternativa frente a los valores occidentales. La unificación política mundial está lejos todavía. La unificación religiosa, mucho más.

(Traducción: Isabel Valcárcel)

ARTE Y CULTURA



Modernidad y postmodernidad

La cultura y el arte fin de siglo están determinados en buena medida por la crisis que se presenta en los últimos años sesenta y en los setenta. Crisis económica y política suficientemente comentada, pero también artística y cultural. Si no es posible resumir aquí la variedad de sus rasgos, sí puede esbozarse alguno de sus ejes principales y, entre todos, uno que me parece sustancial: la pérdida de la seguridad en la referencia de las creaciones artísticas y los productos culturales a la realidad histórica, concreta. Pérdida que se percibe de forma aguda justo en el momento en el que esa referencia parece más intensa y precisa: en los finales de los sesenta, cuando la incidencia artística y cultural, el nivel del compromiso artístico y social, político, la relación arte-vida adquieren su fisonomía más efectiva.

En aquellos años se afirmaba el cumplimiento de los fines que la vanguardia se había propuesto: terminar con la separación entre el arte y la vida, lograr que aquélla interviniese en ésta y en ella se integrase plenamente. En los inmediatamente posteriores se tuvo conciencia de que tal afirmación era una ilusión, un espejismo. En esa conciencia se inicia el arte y la cultura fin de siglo.

No la referencia del discurso a la realidad, sino a otro discurso. No la intervención del intelectual en el complejo social y político, sino la impotencia. No la disolución de la institución arte en el discurrir cotidiano, sino su fortalecimiento. Repetición y diferencia *fueron —y son— conceptos de amplio uso desde entonces. Discursos que analizan discursos, los interpretan y deconstruyen; imágenes —pinturas y esculturas— que vuelven sobre otras imágenes, sobre los expresionistas históricos, sobre los neoplásticos y los constructivistas, incluso sobre los conceptuales; edificios que se* adornan *con motivos tradicionales, frontones, columnas, pilastras... Es el dominio del* post: *si aquello fue la* modernidad, *esto es la* postmodernidad.

¿Simple repetición, autorreferencia? El asunto es más complejo, no debemos caer ni en la moda periodística ni en la moda crítica. Si éstas han acentuado la repetición, quizá sea bueno preguntarse por las diferencias, si han acentuado la autorreferencia, la fortaleza de la institución y el fracaso de las pretensiones vanguardistas, quizá sea interesante analizar el grado de firmeza de esas propuestas. Y ello sin pretender más de lo mismo, sin actuar como si nada hubiera pasado: algo ha pasado, por lo pronto ha sido necesario revisar nuestra historia reciente y hacerlo desde una posición bien poco confortable para cualquier dogma.

En primer lugar, hacer una constatación: en el arte y la cultura fin de siglo se perfilan ya unos clásicos cuya obra en modo alguno puede ser apilada en los almacenes del post. *Pienso en Tàpies, en Beuys, Rauschenberg, Rivers... El suyo también es arte de este tiempo, del nuestro, y ello nos obliga a abandonar aquellos procedimientos críticos que abordan el arte por oleadas incluso por décadas —el* arte de los setenta, de los ochenta, de los noventa—, *como si de costura se tratase. Su misma presencia, su clásica actualidad, indica que debemos articular una fisonomía diferente de la historia, no prescindir de ella.*

La repetición, por otra parte, no implica la autorreferencia, al menos no necesariamente. La referencia a la realidad concreta, histórica, no está ausente en artistas tan característicos del post *como Baselitz, Immendorff o, en nuestro país, Susana Solano. La nueva sensibilidad que configuran no se agota en las convenciones del* post *ni permite la simple aplicación de los criterios historiográficos y estéticos de las concepciones tradicionales. Determinarla —a la vez que ella misma se determina y en el curso de ese proceso— es uno de los retos que el fin de siglo ha planteado. De este modo escapamos a aquellas oscilaciones pendulares —acción y reacción, rebelión y conservadurismo, modernidad y tradición...— que tanto juego dieron en una comprensión ideológica de nuestra cultura.*

Valeriano Bozal
Catedrático de Historia del Arte
Universidad Complutense de Madrid

CUIDA el Ozono

